

-TEORÍA DEL CONOCIMIENTO
-ESCEPTICISMO
P. 134-138 (5P.)

ph

PIRRÓN: "ELIMINAR TODOS LOS SUPUESTOS"

66669
PATRICK CARRÉ

El escepticismo abre la vía de la duda creadora y de la suspensión de las afirmaciones con el objeto de alcanzar la felicidad. Experiencia vacua de la *epojé* y del pirronismo puro.

Yo no soy filósofo, pero la sabiduría me hace soñar. Yo sueño un cambio de todo lo que hace sufrir y, primero que todo, un cambio de mi pequeñez. Esta sabiduría de la transformación, creo, como muchos, se encuentra en la vía escéptica, la vía de la duda creadora y de la "eliminación de afirmaciones"¹ (*epojé*) con el objeto de alcanzar la felicidad. Pero, en la lectura del *Pirron y la apariencia* de Marcel Conche² (2) y con ayuda de la práctica del budismo, la *epojé* ha llegado a ser para mí, más que un paréntesis fenomenológico rápidamente cerrado para no extenderlo, un verdadero "detener los juicios". La extrema inteligencia del escepticismo, como diría Sexto, por ejemplo, puede posarse sobre el umbral de la "gran *epojé*", pero ella no profundizará tanto como el misterioso Pirron de Elis encarnado desde ahora en mí.

Nacido al rededor del año 365 antes de nuestra era, el filósofo tenía por maestro principal a Anaxarco de Abdere, el cual no dejó de mostrarle que la sabiduría no existe en sí, y que sólo las circunstancias pueden

¹ De aquí que Pierre Pellegrin escogiera traducir la intraducible *epojé* en su traducción de Sexto Empírico, *Esquisses Pyrrhoniennes*, ed. Seuil, "Points - Essais", 1997.

² Ed. P.U.F., "Perspectives Critiques", 1994, reedición del original que apareció en 1973 en las ediciones de Mégare, 14640 Villers-sur-Mer.

decidir sobre la oportunidad, la perfección, y la cualidad "salvadora", en resumen, de la sabiduría de tal o tal acción. Ahora bien, Anaxarco era también el consejero espiritual de Alejandro el Grande, y es así como Pirrón, en consecuencia de su maestro y de los macedonios, visita violentamente el mundo durante los once años que dura la batalla de Asia. Si bien nada prueba completamente que haya algo de "pensamiento oriental" en la "disposición pirroniana" es imposible negar el carácter debidamente formador de estos imprevisibles desarraigos, siempre renovadores, del terrible y hermoso viaje del Eleata.

Como la mayoría de los filósofos griegos, Pirrón buscaba la felicidad, y probablemente la encontró, puesto que los testimonios antiguos le conceden en conjunto una sabiduría doblemente radiante, una elocuencia infatigable. Desde entonces que se quiera admitir que la felicidad es el fruto de la sabiduría y que en ella recaen todos los medios susceptibles de despertar las fuerzas de la sabiduría a aquellos que aspiran a ser felices. Realmente, cada uno es libre de despreciar su propia felicidad, pero despreciando, a veces activamente - la felicidad de los otros, se prueba más la necedad que la maldad. Y la necedad perjudica la felicidad. Afortunadamente la tierra, hace aproximadamente tres milenios, ha acogido, y acoge aún a los amantes de la felicidad, a los eudemonistas de la magnitud de Sócrates, Pirrón o Buda.

La gran *epojé* de Pirrón no le es, entonces, un secreto exclusivo de él. Al contrario de la pequeña *epojé* tranquila de aquel que hace aun la diferencia entre yo y no-yo, sujeto y objeto, conciencia y mundo, para contentarse con una "ataraxia-nirvana" egoísta y, en resumen, poco sapiente. Yo quiero creer, en este sentido, en Timón de Flionte, el discípulo más próximo de Pirrón, cuando escribió:

He aquí ¡oh Pirrón!, lo que mi corazón desea entender:
 Como, hombre aun, tu vives cómodamente y en paz.
 Siempre sin preocupaciones, inmóvil, en la misma disposición.
 E, indiferente a las confusiones de una sabiduría embriagadora.
 Tu que no haces más que guiar a los hombres como un dios.
 Quien acompañando su revolución al rededor de la tierra entera
 Muestra el círculo encendido de su esfera perfecta.
 (Cf. f. Declava Caizzi, *Pirrón Testimonianze*, Roma Bibliópolis 1981, fr 61 A).

Donde aparecía claramente que Pirrón, desde su inmovilidad aclara y calienta a los hombres como el dios sol: ¿palabras de un discípulo conmovido? Quizás, pero frente a estas "otras opiniones analizadas" que Sexto llama dogmáticas, el poeta Timón ve en Pirrón el "dios" que le ha explicado el secreto de la felicidad.

Marcel Conche resume: "cómo se consigue la felicidad. Consiste primero en discernir la fuente radical de la infelicidad del hombre. Pirrón la encuentra en la idea de ser". (*Pirrón y la apariencia* op.cit. p 88). Henos aquí, de repente, zambullidos en el corazón del budismo.

Estas son las primeras nobles verdades enunciadas: la verdad del sufrimiento y la verdad de la causa del sufrimiento.

Que aquellos que no sufren se regocijen y que los enemigos de la felicidad paren su lectura. Los demás que escuchen bien: la "fuente radical" de nuestra "infelicidad", es nuestra creencia en el ser (absoluto), todavía una de las "proyecciones reificadas del discurso humano" (M. Conche, op. cit, p 96). Ahora bien, el ser, como su contrario, el no-ser, son perfectamente iguales en tanto que palabras vacías, designaciones de un sentido demasiado oscuro para que tenga lugar como fundamento de un conocimiento válido de lo real.

Forzado a escoger, Pirrón responde: "no más esto o aquello, ni los dos, ni nada" y sus compañeros, llegado el caso, lo retienen de lanzarse a un precipicio o de pasar bajo las ruedas de un carro. Su indiferencia era tal que un día que, paseando, hablaba con su viejo maestro Anaxarco, este cayó en un charco sin que Pirrón parara de hablar y de caminar. Como se le reprochaba no respetar a su maestro, este último vino a socorrerlo para cantar la alabanza a su indiferencia y su estado imperturbable.

¿Cuál indiferencia? La adiafóra, que es ante todo "no diferencia" y por lo tanto no es solamente algo psicológico. El secreto más profundo de la gran *epojé*, es la adiafóra, la respuesta a la pregunta del último "cómo" de las cosas: su total no-diferencia. ¿En dónde las cosas son no duales o iguales? Sus diferencias sólo son relativamente verdaderas: si buscamos bien sus trazos distintivos últimos, encontramos que ninguno lo tiene, como tampoco, ninguna de las lógicas disponibles hasta hoy. No encontramos más que hipótesis, axiomas, probabilidades: nada real,

consistente, subsistente. Y se puede decir, entonces, en su verdad absoluta, las cosas tienen una sola y misma esencia inasible, la cual establece su no-diferencia.

Esta adiafora universal nos evoca la "gran pureza-igualdad" de las cosas que la filosofía budista se dedica a describir. La observación es importante, puesto que, desde que la filosofía occidental se muerde la cola admirando y protegiendo sus límites (el ser y su contrario), parece probado que la adiafora pirroniana describe una experiencia metafísica inútil, para ayudar a los seres, es necesario creer en cualquier cosa positiva, y admitir de una vez por todas que esta cualquier cosa existe realmente. A esta posición el budismo responde que lo relativamente verdadero ofrece verdades provisorias muy útiles, pero al mismo tiempo son sumisas, etc., mientras que lo absolutamente verdadero, es la vacuidad esencial de todas y cada una de las cosas físicas, psíquicas u otras, su clara insubstancialidad.

La adiaforía de Pirrón no se deja engañar por las falsas verdades, las confusiones del pensamiento discriminante lo dejan "inmóvil": su acción, que consiste en "despojar al hombre" y en "abolir todos los supuestos" en vista de la felicidad más perfecta, no desviada más, excepto por la distracción o mímica intencional, de esta dimensión donde él "muestra (a Timón, por ejemplo) que las cosas son no-diferentes, no mensurables, e indecibles."³ (3).

Sobre el piso de la adiafora avanza la vía de la afasia hasta su final, la ataraxia. La afasia, o no juicio, es doble: connatural a la no-diferencia, esta no se distingue más que en enunciarse a aquellos que escuchan. Al mostrar más de lo que ella no dice, permanece afásica y, sin embargo, las cosas son tales que el juicio vuelve al espíritu apacible y claro más rápido que si este no se suprime, y la afasia abrirá sin darle continuidad, dejándolo disolverse en la abertura que, en el fondo, la constituye. Yo creo entonces que la afasia designa tanto lo real como el método de lo real.

Si las cosas son no diferentes, y si se trata de darse cuenta para ser feliz, no queda más que integrarse al ejercicio repetido, a la ascesis

³ Todo esto está *filosóficamente* explicado en las obras de Marcel Conche y de Pierre Pellegrin, y *poéticamente* (quizás) en Patrick Carré, *Nostalgie de la vacuité* Ed. Pauvert, 1999.

interior, con perseverancia y concentración, y con la preocupación de servir a cualquier cosa en el mundo, esta visión metafísica a menudo juzgada por ser demasiado mística, además de fantasiosa, de la pureza y de la igualdad sublimes, de todos los constituyentes de lo real.

Sin distracción, entonces, el pirroniano aguerrido en la gran *epojé* se separa de sus sensaciones, no acepta más fe a sus juicios y deja que se apaguen ellos mismos. No es la ausencia o la desaparición lo que él busca, sino su libertad natural, que por otra parte, el ya no busca más, puesto que inadvertida en su mayoría, ella engloba todo, en la imagen de la totalidad tan próxima al párpado pegado del ojo que no puede verla. Sin inclinación, él queda inquebrantable. Su afasia práctica no se aparta nunca de la afasia esencial, la adiafóra.

Un día, su pensamiento no conceptual alcanza tal profundidad que ningún mal puede afectarlo: no es más que la ataraxia, desaparición del sentimiento del yo en el nirvana; y en el mismo instante, fuera del tiempo, él reaparece "más allá del más allá", puesto que la afasia, con y sin palabras lo deja en una acción forzosamente altruista.